

VINCENT BERDOULAY* Y OLIVIER SOUBEYRAN**

*Universidad de Pau **Universidad Joseph Fourier (Grenoble)

La irrupción de la geografía urbana en la génesis del urbanismo¹

RESUMEN

El libro *L'écologie urbaine et l'urbanisme. Aux fondements des enjeux actuels* reflexiona sobre la génesis del urbanismo y las soluciones que en su momento propuso, y expone una disfunción entre las demandas cada vez más urgentes y la falta de respuestas del urbanismo clásico, cuya cultura planificadora parece agotada. El objeto del libro es comprender las razones de esa incapacidad, y postular que se necesita más atención al lugar, al medio, al ambiente.

RÉSUMÉ

L'irruption de la géographie urbaine dans la genèse de l'urbanisme.- L'œuvre *L'écologie urbaine et l'urbanisme. Aux fondements des enjeux actuels* fait une réflexion sur la genèse de l'urbanisme et les solutions qui ont été alors proposées. On expose la dysfonction entre les demandes de plus en plus urgentes et la faute de réponses de la part de l'urbanisme classique, dont la culture versée à la planification s'avère épuisée.

PRESENTACIÓN²

Es un tópico ampliamente admitido que la geografía regional clásica, la que cuajó en los primeros decenios del siglo xx con Vidal de La Blache como maestro y densas monografías regionales como principal acervo, se interesó más por los medios rurales que por los urbanos: ello se debería a razones epistemológicas que le

L'objet de l'œuvre est la compréhension de cette incapacité, en opposant une attention plus aigue aux lieux, au milieu, à l'environnement.

ABSTRACT

The Urban Geography and the Genesis of Urbanism.- The work *L'écologie urbaine et l'urbanisme. Aux fondements des enjeux actuels* considers the genesis of urbanism and the solutions which have been then proposed, underlining the malfunction of classic urbanism, since while demands become more urgent, the less answers it proposes, in so far as its planning culture seems exhaust. The work aims to understand this inability, putting up a raised attention to places and environments.

Palabras clave/Mots clé/Keywords

Geografía urbana, urbanismo.
Géographie urbaine, urbanisme.
Urban Geography, Urbanism.

llevaban a insistir sobre las permanencias, los equilibrios y las armonías en las relaciones de los hombres con sus medios. Esta preferencia tuvo sin duda su primer y mejor exponente en la presentación de los paisajes agrarios franceses del fascinante *Tableau de géographie de la France* del propio Vidal de La Blache. Seguramente esa idea tan difundida es exacta en cuanto a resultados de investigación; pero no lo es tanto en lo que a anticipación o antecedencia en el tiempo se refiere. La preocupación por las ciudades y los medios urbanos precedió a veces al estudio de los medios rurales, o al menos fue contemporánea a ellos, incluso en el caso del mismo Vidal y desde luego en algunos de sus primeros discípulos, como Raoul Blanchard.

¹ Vincent Berdoulay y Olivier Soubeyran: *L'écologie urbaine et l'urbanisme. Aux fondements des enjeux actuels*. Prefacio de Marcel Roncayolo, París: Éditions de La Découverte, 2002, 270 pp. (Collection Recherches). [Traducción: Josefina Gómez Mendoza]

² Josefina Gómez Mendoza (diciembre, 2009).

Varios autores han recordado que el autor del *Tableau* lo fue también de la *France de l'Est*, mucho más urbana, y que fue él quien dijo en alguna ocasión que ciudades y carreteras son los grandes forjadores de la unidad regional. Consúltese por ejemplo el magnífico libro dirigido por Marie-Claire Robic con motivo del centenario del *Tableau*³. Lo que mantienen los autores del libro que presento ahora, uno de cuyos capítulos, el más directamente geográfico, se publica traducido en este número de la revista *Ería*, es que la consideración del medio, como eje de la epistemología vidaliana, llevó a algunos de los discípulos a practicar una geografía urbana muy ecológica, que desde luego se convertiría en canónica para los geógrafos (c. f. el texto de Blanchard sobre Grenoble), pero que, además, según estudian Berdoulay y Soubeyran, contó, y mucho, en los orígenes del urbanismo, al menos del francés, e influyó notablemente en algunos de los primeros urbanistas de ese país, como Léon Jausse, ganador del concurso internacional de Barcelona de 1907, o Donat Alfred Agache, que tuvo ocasión de trabajar en Portugal y en Brasil.

Tanto Vincent Berdoulay, director del laboratorio SET (Société, Environnement, Territoire) del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) y de la Universidad de Pau et des Pays de l'Adour, como Olivier Soubeyran, profesor de la Universidad de Grenoble, han dado notables muestras de su capacidad para mirar con profundidad, originalidad y sagacidad el pasado de las ideas geográficas, ordenancistas y ambientales. A Berdoulay pertenece ese magnífico libro sobre *La formation de l'école française de géographie (1870-1914)*, de 1981, reeditado en 1995, que ilustró y cambió nuestra visión y nuestra valoración del riquísimo contexto en el que se consolidó una forma de hacer geografía, la de Vidal de La Blache, por razones tanto de circunstancias como conceptuales y de método, con la nociones de *medio* y de *género de vida* en el centro del paradigma. Menos conocida es la tesis doctoral de Olivier Soubeyran, *Imaginaire, science et discipline*, publicada en París por L'Harmattan en 1997, en la que se hace una lectura exhaustiva y crítica de la época de esplendor de los *Annales de Géographie*, reteniendo no sólo las contribuciones sobresalientes, sino también las menores, las menos logradas, incluso las fracasadas, el verdadero bricolaje que va haciendo día a día una ciencia. Ese libro permite disponer de información y de herramientas para ajustar los puntos de vista sobre

la escuela francesa, con menos mitificación y menos hagiografía.

Berdoulay y Soubeyran han colaborado a lo largo de mucho tiempo, desde sus primeros trabajos durante la estancia de ambos en Canadá, después en la Universidad de Pau, y ahora continúan esta colaboración desde destinos académicos separados. Hace tiempo que se vienen interrogando sobre la génesis del pensamiento de ordenación del territorio y del uso sostenible de los recursos, así como sobre la génesis de la acción territorial y la actuación ambiental. Fruto de ello han sido algunas obras importantes, entre las que citaré la dirección por ambos de la obra colectiva *Les nouveaux territoires de la prospective*, que apareció como número doble y especial de la revista *Espaces et Sociétés*, 1994 (núm. 74-75), o la de la obra también colectiva, resultado de varias reuniones internacionales convocadas y animadas por ellos, que lleva el título de *Milieu, colonisation et développement durable* (París: L'Harmattan, 2000). Uno de los terrenos que mejor han explorado en éstas y otras investigaciones es hasta qué punto la ordenación colonial urbana y territorial, así como la planificación y el uso de los recursos en las colonias, constituyeron verdaderos laboratorios para ensayar soluciones, medidas y planes en los países metropolitanos. En ese sentido, su original lectura del libro de P. Rabinow *French Modern. Norms and Forms of Social Environment* (Cambridge [Mass.]: MIT Press, 1989) ha sido fecunda en resultados.

En el libro que comento, *L'écologie urbaine et l'urbanisme. Aux fondements des enjeux actuels*, publicado en 2002, ambos geógrafos prolongan estas reflexiones sobre la génesis del urbanismo y las posibilidades actuales de las soluciones que en su momento propuso. Se parte de la insatisfacción de los ciudadanos por la forma de vivir en los grandes artefactos urbanos actuales⁴ y la incapacidad de ofrecer verdaderas y duraderas soluciones que muestra el urbanismo actual, antaño triunfante. Estaríamos frente a una disfunción entre demandas cada vez más urgentes y la falta de respuestas del urbanismo clásico, cuya cultura planificadora parece agotada. El objeto del libro es comprender las razones de esa incapacidad, y postular que se necesita más atención al lugar, al medio, al ambiente.

Fieles a sus conocimientos y a sus puntos de vista, los autores buscan en la historia del urbanismo los elementos

³ M. C. Robic (dir.): *Le Tableau de la Géographie de la France de Vidal de La Blache. Dans le labyrinthe des formes*. París: CTHS, 2001, 300 pp.

⁴ Con razón comentan los autores que aparece con más abundancia nuevo vocabulario que verdadera comprensión de las formas urbanas surgidas: posturbano (Choay), metápolis (Ascher), ciudad global (Sassen), ciudad difusa (Indovina, Secchi), ciudad emergente (Dubois-Taine y Chalas), hiperciudad (Corboz), ciudad genérica (Koolhaas), etc.

portadores de ese pensamiento más ecológico. Se sitúan, pues, en la corriente que reclama una recuperación de la ecología urbana, aunque obviando las lecturas simplificadoras y tergiversadoras de lo que fue la escuela de ecología humana de Chicago, u otras. Se sitúan también en el campo de los que buscan las causas de los fracasos (las de los éxitos ya han sido ampliamente estudiadas) del urbanismo moderno, y desentierran soluciones diferentes o alternativas, más ecológicas, más atentas al lugar y al medio, que se plantearon en su día y que quedaron ocultas por el comprensible triunfo de las tesis de Le Corbusier, de los CIAM y de sus herederos. En este sentido, rehacen en este libro la genealogía de una verdadera «escuela francesa de ecología urbana», recuperando a algunas de sus principales figuras.

La preocupación por la desmesura de lo urbano y sus problemas es recurrente y ya se dio, con otras dimensiones, otras técnicas y otro contexto, entre los años 1880 y 1920. Para Berdoulay y Soubeyran, importa constatar que lo que se ha invertido entre entonces y ahora, en cuanto a búsqueda de soluciones, es la posición relativa entre los espacios-problema y los espacios-solución. En aquel cambio de siglo del XIX al XX, los problemas urbanos se planteaban sobre todo en los países del «norte», mientras que las soluciones se encontraban sobre todo en los del «sur», en las colonias, algunas de las cuales funcionaron como verdadera cuna de la modernidad desde el momento en que se experimentaron en ellas soluciones urbanas. En cambio, en este principio de siglo XXI, es en las ciudades del «norte» donde se experimentan soluciones sostenibles, pero la gravedad extrema de las situaciones sociales y ambientales se plantea sobre todo en las del «sur».

La investigación lleva a los autores a postular que la primera geografía urbana fue portadora de una verdadera y fecunda preocupación ecológica, no exenta de contradicciones, de la que los urbanistas tuvieron suficiente conocimiento. Para desarrollar este argumento se parte en el capítulo primero de la actualidad de la ecología urbana en relación con la ciudad sostenible y cómo indagar en sus fundamentos históricos y teóricos responde no sólo a una voluntad de legitimación disciplinar, sino también a buscar ayuda para el presente.

El segundo capítulo analiza cómo la historiografía del urbanismo tiene que ser revisitada, para evitar errores que han conducido a bloqueos interpretativos; el principal de los cuales sería el de haber distinguido demasiado tajante y simplificadoramente entre un urbanismo «progresista» y otro conservador o «culturalista», precisamente el que por la lógica misma de los hechos estaba más atento al medio y era, en definitiva, más ecológico. Esas simpli-

ficaciones aparentemente didácticas suelen prolongarse por inercia y dar lugar a graves distorsiones. El caso aludido es en concreto el del primer libro de François Choay (*Urbanisme. Utopies et réalités*, 1965), cuyo marco de clasificación de las corrientes fundadoras del urbanismo en el siglo XIX (urbanismo progresista, el de Cerdá, Geddes o Howard, y urbanismo culturalista, el de Ruskin, Morris, Sitte) superó con mucho sus intenciones y se convirtió en distribuidor de patentes de progresismo y de descalificaciones por conservadurismo. Ya lo había señalado el gran estudioso de las ciudades francesas de los dos últimos siglos, Marcel Roncayolo, que es también quien prologa brillantemente el libro de Berdoulay y Soubeyran. Constatan éstos que el modelo de Choay se convirtió en canónico, trascendiendo incluso el ámbito francófono (doy fe de que así ocurrió en la formación urbanística de los españoles durante el tardofranquismo), constituyéndose en la osamenta de una historia oficial del urbanismo de los CIAM que presentaba a los culturalistas como incapaces por definición de entender y trasladar cualquier modernidad, de captar la transformación de las ciudades, impregnados como se suponía que estaban de una visión nostálgica y cargada de pasado. De ahí que su crítica de la ciudad moderna no pudiera ser pertinente.

Precisamente son algunos de estos reformadores culturalistas del urbanismo los que tratan de recuperar Berdoulay y Soubeyran en su libro. Primero en el capítulo tercero, en el que revisa la gestación institucional del urbanismo en Francia, atendiendo en concreto al ámbito de influencia de la revista *La Vie Urbaine*, publicada desde 1919 por el Instituto de Urbanismo de la Universidad de París, bajo la dirección del historiador urbano Marcel Poëte, revista que acogió trabajos tanto de historiadores e historiadores del arte como de geógrafos, arquitectos y urbanistas. Después, en los capítulos quinto y sexto, se estudian monográficamente, en primer lugar, la obra de Jaussely y después la de Agache, el autor de los planes de remodelación de Río de Janeiro y de Curitiba. Entre ambos, la parte del libro que ha sido traducida es el capítulo cuarto sobre la irrupción de la geografía urbana en ese contexto: los vidalianos que escribieron sobre ciudades y que al desarrollar un argumentario muy ecológico fueron los primeros en presentar una imagen total de la ciudad, no exenta de pensamiento prospectivo, que sin embargo encontró obstáculos por la intención científica de los autores y el método narrativo utilizado.

El libro concluye con las razones que explican el olvido posterior de este inicial urbanismo francés, debido en parte a las competencias y rivalidades entre disciplinas. En opinión de los autores, era necesaria la vuelta

atrás que realizan para ganar en perspectiva y capacidad de diagnóstico útil para el presente y el futuro.

Si he elegido para traducir el capítulo de geografía urbana es porque lo encuentro muy esclarecedor en su planteamiento y desarrollo y lo creo particularmente útil para entender los derroteros de la primera geografía urbana española. Más aún que en el caso de Francia, modelo durante los dos primeros tercios del siglo xx de la geografía y de los geógrafos ibéricos, la consolidación de la geografía urbana española parece especialmente tardía en comparación con los trabajos de geografía regional agraria. Pero también en esta ocasión se trata más de una apariencia en función del número y del volumen de la producción geográfica. Baste mencionar los trabajos pioneros de Manuel de Terán, el muy temprano sobre las ciudades de la baja Andalucía (1936) y los algo posteriores sobre Calatayud, Daroca y Albarracín (1942) y el de Sigüenza (1946), todos ellos previos al gran trabajo que emprendió y nunca culminó sobre Toledo. En otro lugar⁵ hemos comentado lo que estos estudios deben al modelo francés de Raoul Blanchard o al aprendizaje realizado por Terán en su estancia parisina en el Institut de Géographie y en el Institut d'Urbanisme de la Universidad de París, leyendo entre otras cosas *La Vie Urbaine*. Ese Terán que practica la geografía urbana, que estudia pequeñas ciudades históricas, detenidas o en decadencia, ha sido lúcidamente analizado por Francisco Quirós a propósito del paisaje urbano⁶. A su texto me remito.

Creo por todo ello que *Ería* presta una vez más un considerable servicio a la geografía de habla hispana dando a conocer este texto de Vincent Berdoulay y Olivier Soubeyran, útil desde luego para la historia de la geografía (y, como ha quedado dicho, no sólo para la francesa), pero también para reencontrar en algunas propuestas urbanas del pasado ideas y soluciones para el futuro. La revista y yo misma agradecemos a Éditions de La Découverte el permiso para traducir y publicar estas páginas.

La geografía urbana irrumpe a principios del siglo xx en un contexto en que las ciencias humanas tienen dificultades para captar la ciudad en su conjunto. Eso es lo

⁵ J. Gómez Mendoza: «Introducción» a M. de Terán: *Ciudades españolas (Estudios de geografía urbana)*. Madrid: Real Academia de la Historia, 2004.

⁶ F. Quirós: «El paisaje urbano en la geografía española moderna», en N. Ortega (ed.): *Naturaleza y cultura del paisaje*. Madrid: UAM/Fundación Duques de Soria, 2004, pp. 171-186.

que ocurre en concreto en Francia. En muchos sentidos, se puede considerar la geografía urbana como la primera que propone e ilustra una aproximación a la ciudad, la «ciencia de las ciudades», tan deseada por algunos. Al ofrecer en algunos grandes textos un discurso coherente y un método reproducible, muestra que esa ciencia es posible. Constituye una innovación que se manifiesta como la aplicación a la ciudad de otra innovación, apenas anterior, la de la geografía humana, que trata de analizar científicamente las relaciones de la sociedad con su medio. Para algunos es el equivalente de la ecología humana.

Lo que queremos aclarar aquí es precisamente cuál fue la aportación de los geógrafos a la ecología urbana. Se trata de discernir en qué reside su innovación y en qué medida responde a una preocupación ecológica urbana. Será entonces posible examinar cómo esta geografía urbana ha podido ser utilizada para fundar la acción ordenancista. Dado que se han planteado varias modalidades de paso entre lo descriptivo y lo prospectivo, las iremos revisando sucesivamente, a fin de conferir perspectiva, en los próximos capítulos, a las dificultades que la ecología urbana tuvo para afirmarse en los inicios del urbanismo francés.

I. EL PAPEL INNOVADOR DE LOS VIDALIANOS

La irrupción de la geografía urbana a principios del siglo xx corresponde a los geógrafos universitarios vinculados a Vidal de La Blache. Fundador de lo que se suele considerar como «escuela francesa», supo reconocer e imponer en la universidad su modo de entender y de plantear la geografía, en cuya elaboración e ilustración trabajaba desde la década de 1870⁷. Desde el cambio de siglo es objeto de un reconocimiento y de un prestigio notables, tanto en el plano intelectual como en el institucional. Su influencia internacional es proporcional a la que tiene en Francia. Vidal y sus discípulos ocupan puestos prestigiosos: él mismo es miembro del Institut de France, de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y su discípulo Jean Brunhes fue titular de una cátedra especialmente creada para él en el Collège de France con el fin de que ilustrara su concepción de la geografía humana. La escuela vidaliana disfrutó de una institucionalización universitaria tan fuerte que ya era hegemónica antes de la primera guerra mundial. Los vidalianos no sólo se labra-

⁷ V. Berdoulay: *La formation de l'école française de géographie (1870-1914)*. París: CTHS, 1995.

ron un lugar envidiable en las instituciones de enseñanza y de investigación frente a las otras ciencias humanas, sino que resistieron con éxito los intentos de los sociólogos durkheimianos de cuestionar su legitimidad científica en los dominios comunes. Pero el éxito de los vidalianos tampoco debe ocultar el hecho de que existieron otras maneras de abordar las cuestiones geográficas, por mucho que progresivamente fueran marginalizadas. Un buen ejemplo lo ofrece la geografía social defendida por los leplaysianos de la Sociedad Internacional de Ciencia Social; manifestaron su amargura con fuerza⁸. Otras tendencias sobrevivieron de forma muy marginal, como las de los especialistas de geografía histórica (continuadores de Himly), Émile Levasseur y sus colegas de estadística social, o también geógrafos que trabajaron más al margen de las instituciones universitarias como Élisée Reclus o su primo Franz Schrader.

En comparación con las de los vidalianos, sus contribuciones en el campo de la geografía urbana tuvieron un alcance relativamente limitado. Más allá de rivalidades entre tendencias, el hecho procede de que la mayoría —los especialistas de geografía histórica lo mismo que los de estadística social o Levasseur— sólo abordaba las ciudades bajo un ángulo particular, por ejemplo las reformas de las calles o de las plazas, o los cambios de estatuto político, o los censos de población, o también los de ciertas actividades económicas. El objeto ciudad considerado en su conjunto les era indiferente, cuando no extraño. Para algunos, no pasaba de ser el lugar en que aplicar el método que preferían: por ejemplo, los especialistas de geografía histórica, dominados por el espíritu «documentalista» (*chartiste*) (el que habían aprendido en la École des Chartes), se concentraron en la explotación erudita de documentos originales, en su mayoría cartográficos o políticos, dando lugar a descripciones cuya sequedad contrasta con el espesor social de los trabajos de los historiadores de los *Annales*. En realidad, es en el círculo de los especialistas de geografía histórica donde radican las primicias del método «documentalista»⁹, al que no dudó en adscribirse Marcel Poëte.

Para otros, la ciudad no pasa de ser un campo de aplicación de su curiosidad temática. Es lo que ocurre con los

especialistas de estadística social, que se interesan por la recurrencia de ciertos fenómenos o por su distribución. En todo caso, algunos de estos especialistas convertirán la ciudad en una categoría preferente de observación y análisis. Tras el ensayo de Levasseur sobre las poblaciones urbanas francesas, su discípulo Paul Meuriot trata de utilizar los recursos de su disciplina para conocer las características generales de las ciudades europeas de su tiempo¹⁰. El tratamiento es estadístico; se suceden cuadros que recogen cada uno distintas características urbanas (extensión, demografía, migración, economía, etc.). La información es muy relevante, pero su misma abundancia da lugar a un catálogo tedioso del que el lector difícilmente saca una visión de conjunto sobre la estructura y el funcionamiento de la ciudad, a pesar de que se le habla de las causas de los fenómenos estudiados.

Otra obra retiene particularmente la atención, más articulada en el plano teórico que la anterior¹¹. Su autor, René Maunier, está vinculado al Instituto Internacional de Sociología (foro de ideas y de doctrinas diversas fundado por René Worms). Aunque sectorial —se refiere a la economía, y más en concreto a la industria—, aborda la cuestión en sus relaciones con la morfología social. La obra contiene toda una teoría de la evolución de las ciudades. Esta perspectiva tan amplia se apoya en un profundo conocimiento de los trabajos internacionales, incluidos los geográficos, sobre el fenómeno urbano. Pero al considerar la ciudad como un fenómeno que manifiesta los cambios sociales, la atención se dirige fundamentalmente al estudio de la dinámica social de la ciudad como conjunto complejo que tiene sus propias lógicas. Lo que no impide que se den desde esta corriente estudios sociológicos más cercanos a una aproximación global de la ciudad. La corriente dominante de la sociología universitaria, la de los durkheimianos, opta, en cambio, por subordinar la mirada sobre la ciudad a sus propias categorías temáticas y teóricas, y ello a pesar de su deseo de desentrañar la importancia de la morfología social. Sus trabajos no pasan de ser crónicas bibliográficas, de amplitud limitada, además de un ensayo de morfología social, muy localizada en el interior de París, escrito por Maurice Halbwachs¹².

⁸ P. Robert: «Le progrès contemporain en géographie humaine, en sociologie, en histoire, et l'antériorité des découvertes de la science sociale». *La Science Sociale*, 100-101, 1913.

⁹ Como en la referencia hecha unas líneas más arriba, los autores dicen *charte* y *chartiste*, que se refiere a la escuela creada para enseñar a explotar documentos antiguos (como cartas pueblas, cartas de privilegio, etc.). He creído preferible no reducir el significado a estas cartas. [N. de la T.]

¹⁰ E. Levasseur: *La population française*. 3 vols., A. Rousseau, 1889-1892; P. Meuriot: *Des agglomérations urbaines dans l'Europe contemporaine*. París: Belin, 1897.

¹¹ R. Maunier: *L'origine et la fonction économique des villes*. París: Giard et Brière, 1910.

¹² M. Halbwachs: *Les expropriations et les prix de terrains à Paris (1860-1900)*, París: Conély, 1909.

Encontramos fuera de Francia la misma tendencia a abordar el estudio de la ciudad sólo desde ángulos específicos. En una obra de aproximación estadística (que recuerda a Levasseur y Meuriot, a los que cita) y que se publica en Estados Unidos, Adna Weber se esfuerza por dar una visión de conjunto del fenómeno urbano: insiste, en todo caso, en el papel estructurante de los transportes¹³. Entre los sociólogos anteriores a la primera guerra mundial, hay que mencionar la contribución de Georg Simmel, que además de haber caracterizado la modernidad urbana, propone una visión de la ciudad como lugar privilegiado de interacciones sociales que provocan ajustes múltiples, que, aunque sean mínimos, contribuyen al cambio de la sociedad. El punto de vista, aunque sigue siendo sectorial, se ha ampliado: está todavía lejos de poder captar la ciudad en toda su complejidad material y humana. En cuanto a la escuela de sociología de Chicago, a menudo llamada de «ecología humana», su desarrollo tuvo lugar sobre todo en los años veinte, es decir, después de que los geógrafos franceses dieran a conocer su innovador discurso. Robert Park, su jefe de filas, encontró además una parte de su inspiración ecológica en la geografía alemana y en la francesa¹⁴. Pero, aún más importante, sus propuestas apenas dejan lugar para la complejidad del mundo y de la naturaleza, convirtiendo su punto de vista en extrañamente caduco desde nuestra perspectiva actual de la ecología urbana¹⁵.

En resumen, a principios del siglo xx hay en Francia pocos grandes textos disponibles para ayudar en los esfuerzos por pensar la ciudad en su conjunto. La iniciativa es, pues, de los geógrafos, en particular de los vidalianos. Sin duda, los geógrafos alemanes, en los que aquéllos se inspiran considerablemente, se han concentrado más en el paisaje y en su génesis que los especialistas franceses de geografía histórica, y han dado más dimensión a sus descripciones¹⁶. Pero la mayor parte de las veces, los análisis que consagran a las ciudades forman parte de textos que tienen otras preocupaciones, en concreto los dedicados a los asentamientos humanos y a la geografía

regional¹⁷. Lo mismo ocurre en Francia, donde los cuadros regionales incluyen partes sobre las ciudades.

La geografía universal redactada por Élisée Reclus a finales del siglo xix muestra lo que esa mirada geográfica de la época puede dar de sí en cuanto a la inserción del fenómeno urbano en su contexto regional. Aunque con ideas próximas a las de los vidalianos, debido a su común inspiración alemana, Reclus se desmarcaba de ellos, en concreto en su última obra, publicada de manera póstuma en 1905-1908, en la que daba rienda suelta a sus orientaciones políticas anarquistas¹⁸. A la denuncia de los mecanismos que, según él, explican la miseria en la que se mantiene a una parte de la población urbana, no incorpora la propuesta de soluciones urbanísticas, sean o no utópicas. Se muestra prudente, incluso sobre el alcance de soluciones tales como la ciudad jardín de Ebenezer Howard, y ello a pesar de querer acercar al hombre a la naturaleza. De modo que Reclus no sirve de referencia para un urbanismo profesional naciente. En el fondo, su geografía crítica se refiere más a la estructura de la sociedad que a la de la ciudad. Mantiene muy viva la llama contestataria contra los poderes establecidos y las injusticias, pero en el campo del urbanismo, el que mejor la transmite no es él, sino Patrick Geddes, considerado su discípulo escocés¹⁹. Incluso antes de que se tradujeran sus libros, Geddes tiene un relativo éxito en Francia, que se concreta en la exposición de la Cité de París, reconstituida en 1916²⁰. Sus largas estancias en Francia facilitaron las cosas, pero quizá también lo hizo su lenguaje, muy impregnado de naturalismo y de organicismo, asunto al que nos volveremos a referir. El geógrafo Franz Schrader, primo de Reclus, se hizo eco de las ideas de Geddes en *Annales de Géographie* de 1917²¹.

Evocar esta revista nos recuerda que la época de innovación vidaliana ya estaba asentada. Al principio, al igual que los geógrafos extranjeros, Vidal y algunos de sus colaboradores incluyeron ciertos desarrollos sobre ciudades particulares en el seno de sus análisis regionales. Pero comenzaron también a publicar ensayos urbanos cortos (o animaron a otros a hacerlo), bajo la forma

¹³ A. Weber: *The Growth of Cities in the Nineteenth Century*. Nueva York: MacMillan, 1899.

¹⁴ J. N. Entrikin: «Robert Park's Human Ecology and Human Geography». *Annals of the Association of American Geographers*, 70, 1980, pp. 43-58.

¹⁵ V. Berdoulay: «L'écologie urbaine: un récit contre nature?», en G. Mercier y J. Béthemont (dirs.): *La société urbaine en quête de nature*. Quebec: Septentrion, 1998, pp. 75-89.

¹⁶ K. Hassert: *Die Städte, geographisch betrachtet*. Leipzig: Teubner, 1907.

¹⁷ O. Schlüter: «Bemerkungen zur Siedlungsgeographie». *Geographische Zeitschrift*, 5, 1899, pp. 446-462; H. Hassinger: «Über Aufgaben der Städtekunde». *Pettermans Mitteilungen*, 66, 1910, pp. 289-294.

¹⁸ É. Reclus: *L'homme et la terre*. 6 vols., París: Librairie Universelle, 1905-1908.

¹⁹ H. Meller: *Patrick Geddes: Social Evolutionist and City Planner*. Londres: Routledge, 1990.

²⁰ P. Geddes: *Cities in Evolution*. Londres: William and Norgate, 1915.

²¹ F. Schrader: «L'évolution des cités: à propos d'ouvrages récents». *Annales de Géographie*, 16, 1917, pp. 1-14.



FIG. 1. Raoul Blanchard (Fuente: Fonds IGA)

de artículos aparecidos principalmente en *Annales de Géographie*. Aunque los artículos que se refieren a las ciudades bajo un aspecto particular, en concreto el económico, aparecen tempranamente, otros tratarán de ofrecer una visión más global, con base monográfica²². Pero lo que va a causar impacto es la aparición de dos obras de geografía urbana, que serán abundantemente citadas por sus contemporáneos: *Grenoble, étude de géographie urbaine*, de Raoul Blanchard, en 1912, y *Rouen. Étude d'une agglomération*, de Jacques Levainville, en 1913. Seguirán otros estudios, sobre todo en los trabajos del Instituto de Geografía Alpina (que dirigía Blanchard), representativos de esa «enérgica escuela de Grenoble»²³, como fue calificada. A partir de entonces, la ciudad deja de ser un pretexto para comprender mejor algún proceso sociológico, y se convierte por sí misma en el tema de

análisis. El carácter monográfico de la aproximación permite abordar las dimensiones ambientales del origen, de la transformación y del devenir de la ciudad estudiada.

En el ámbito de influencia del que disfrutaban los vidalianos, hay que recordar también el apoyo que reciben de los historiadores de la futura escuela de los *Annales*, pastoreados por Lucien Febvre. Seducido éste por la amplitud física y humana de los análisis vidalianos, trata de inspirarse en ellos para conferir a su disciplina, la historia, del espesor social del que carecía. De esta alianza, cuyos beneficios no siempre son recíprocos, resulta una comunidad de puntos de vista sobre ciertos problemas institucionales y científicos. Lucien Febvre contribuyó, además, en su rivalidad con los durkheimianos, a codificar la aportación de Vidal y de sus discípulos en el estudio de las relaciones hombre-medio. ¿Qué concepción es, pues, ésta del medio que hace legítima la posibilidad de una ecología humana?

II. UNA CONCEPCIÓN DEL MEDIO

La principal dificultad para comprender la contribución de Vidal y de sus primeros discípulos (que, por comodidad, y como hemos hecho antes, llamaremos colectivamente los «vidalianos») proviene de la gruesa capa de estereotipos con la que fue después cubierta. Probablemente se trata del precio que tuvo que pagar por un éxito que molestó y que hizo que fuera cosificada para asegurar una renta legitimadora a los herederos. Ocurriese lo que ocurriese con este fenómeno frecuente en la historia de las ciencias, es difícil admitir que el posibilismo (nombre con el que la tradición ha conocido a la contribución de los vidalianos) pueda reducirse a la antítesis del determinismo de los hechos sociales por el medio ambiente natural. ¿Por qué una postura tan simple, por no llamarla mediocre, habría podido entusiasmar a los espíritus de principios de siglo? No cabe duda de que algunos practicantes de ciencias humanas tenían interés en que así ocurriera, porque eximía a sus ciencias respectivas de enfrentarse con la dificultad epistemológica de tener en cuenta la naturaleza; pero no basta para comprender el aprecio obtenido por los vidalianos. Hay que ser muy conscientes, en efecto, de que la geografía posibilista fascinó a buena parte de la élite intelectual²⁴. El mensaje fue comprendido, interesado, pero, a causa de la guerra y de la reproducción institucional, se diluyó hasta

²² Los primeros son de D. Paquet: «Le développement de Londres», y de A. Vacher: «Montluçon, essai de géographie urbaine», respectivamente en 1898-1899 y 1904.

²³ M. Arousseau: «Recent Contribution to Urban Geography. A Review». *Geographical Review*, 14, 1924, pp. 444-455.

²⁴ Véase R. Rolland: *Le Cloître de la rue d'Ulm*. París: Albin Michel, 1952.

el estereotipo —trasladado por los propios geógrafos— de considerar el posibilismo como la antítesis del determinismo ambiental, lo que estaba lejos de ser el caso²⁵.

El posibilismo vidaliano no excluye enteramente la investigación de influencias ambientales sobre la sociedad. Pero tampoco se puede reducir a eso. De hecho, para utilizar una terminología actual, corresponde a un posicionamiento teórico, a la vez interaccionista y constructivista. Interaccionista, porque es verdad que se trata de estudiar las interacciones del hombre y del medio ambiente. Pero constructivista, porque lo que da lugar a la atención y al esfuerzo de análisis de los geógrafos son los múltiples resultados de esas interacciones, las múltiples mediaciones entre el hombre y la naturaleza. Es en esto en lo que entienden contribuir a la ciencia. Las naciones, regiones, géneros de vida, paisajes, *pays*, ciudades, pueblos, terrazgos o campos constituyen otras tantas construcciones nacidas a la vez de las posibilidades que suministra una naturaleza viva y una acción humana que persigue sus propios fines.

La problemática posibilista remite, así, a una noción de «medio» que está llena de complejidad, de estabilidad incierta y relativa, de fragilidad y de contingencia. Al igual que la iniciativa humana, el medio es activo. Por ello el término —entonces relativamente nuevo— de «ecología» es a veces utilizado por Vidal para significar la fuerza con la que se pueden establecer interacciones entre elementos diversos de la superficie terrestre. La concepción de un medio activo supone que no se limita a desempeñar un papel tan sólo al principio de la evolución técnica de una sociedad, como piensan numerosos historiadores o etnólogos. Es cierto que los miembros de las sociedades arcaicas tienen que entenderse directa y cotidianamente con las condiciones naturales, pero el desarrollo de las técnicas sociales y materiales no por ello emancipa a las sociedades modernas de la naturaleza. El medio que les corresponde cambia de escala, y la complejidad de las relaciones que se construyen hace más difícil encontrar las interacciones en que se basan. La modernidad no exime del interés que se tiene que prestar al medio, lo que ocurre es que se hacen más complejos los vínculos que le unen a la vida social. No es seguro, además, que los geógrafos hayan logrado siempre resolver este desafío, ni siquiera que hayan identificado las vías y los métodos que lo permiten. La geografía urbana resulta un buen ejemplo, del que nos vamos a ocupar en las páginas siguientes.

²⁵ V. Berdoulay: *La formation de l'école française de géographie...*, op. cit.; O. Soubeyran: *Imaginaire, science et discipline*. París: L'Harmattan, 1997.

Para valorar mejor el alcance del trabajo llevado a cabo por los geógrafos con el fin de comprender las ciudades y fundar sobre ello la acción, hay que recordar la indigencia metodológica y conceptual en que se encontraban las ciencias que podían ayudarles a aceptar el reto. Incluso las ciencias naturales estaban lejos de poner a punto herramientas tales como el ecosistema. La observación, los censos, la cartografía seguían siendo los mejores medios de investigación empírica y el análisis se nutría de reflexiones más o menos explícitas sobre la naturaleza y la sociedad, ancladas todas ellas en visiones del mundo en que se mezclaban elementos científicos y opciones filosóficas. De modo que la concepción del medio adoptada por los vidalianos llevaba la marca del neolamarckismo y del neokantismo²⁶. En efecto, tanto una corriente como la otra daban valor a la investigación de interacciones entre el ser vivo y su medio y focalizaban la atención en las estructuras resultantes. Ambas insistían en el papel activo desempeñado por ambos polos. La iniciativa y el esfuerzo podían conducir a la emergencia de formas nuevas de mediación entre el individuo y su medio. El neolamarckismo, por ejemplo, hacía posible sacar del darwinismo la parte de contingencia que contiene y que muchos se resisten a ver. Como se ve, pues, el posibilismo se apoya en una participación directa en los debates científicos y filosóficos que apasionaban en su época.

Esta forma de valorar la acción al conceptualizar las relaciones hombre-medio explica que muchos, entre ellos los geógrafos, hayan sido atraídos por los cantos de sirena del organicismo y del vitalismo. Para distanciarse de aproximaciones juzgadas demasiado físicas o mecánicas, las diversas manifestaciones de la vida ofrecen un vasto repertorio de ideas, imágenes y lenguajes. El organismo ha desempeñado esta función más o menos amparado por la ciencia biológica. Su éxito aumentó a lo largo de todo el siglo XIX, sobre todo para dar nueva luz sobre la sociedad o sobre su dimensión territorial²⁷. Pero hay que insistir, a este respecto, en que el recurso al organismo no era necesariamente una reducción de lo social a lo biológico, porque es útil distinguir las nociones de analogía y de metáfora²⁸. La segunda supone

²⁶ V. Berdoulay y O. Soubeyran: «Lamarck, Darwin et Vidal: aux sources naturalistas de la géographie humaine». *Annales de Géographie*, 561-562, 1991, pp. 616-634; O. Soubeyran: *Imaginaire, science et discipline*, op. cit.

²⁷ En la sociología francesa, ese movimiento ha culminado en los trabajos de R. Worms y de sus próximos en el seno del Instituto Internacional de Sociología.

²⁸ V. Berdoulay: «La métaphore organiciste. Contribution à l'étude du langage des géographes». *Annales de Géographie*, 507, 1982, pp. 573-586.

alguna relación analógica, pero la primera no se apoya necesariamente en la segunda. En el caso de la analogía, una realidad se compara a otra, elemento a elemento. Por ejemplo, si se considera a un país como organismo, la capital corresponde a la cabeza, las vías de comunicación al sistema nervioso, los transportes a la circulación sanguínea, las regiones a los órganos, etc. Si el autor fuerza entonces el modelo biológico para explicar la realidad sociogeográfica, permanecemos en el campo de la analogía reductora. Si, por el contrario, la comparación sirve sólo para tomar conciencia de que existen posibles interdependencias en las que no se había reparado, la metáfora se impone: permite ver las cosas de una manera nueva, sin por ello obligar a reducir una realidad a otra, ni importar conceptos y métodos de una ciencia a otra. Los geógrafos vidalianos han sido sensibles a las virtudes pedagógicas de la metáfora organicista, a fin de obtener una nueva visión del mundo, pero también percibieron sus peligros, insistiendo algunos de ellos, como Vallaux, en que su tiempo había pasado²⁹. Veremos, sin embargo, que en urbanismo ocurrió algo distinto: constituyó un terreno en el que la metáfora organicista tuvo mucho éxito. Habrá que analizar precisamente hasta qué punto fue desbordada por una utilización analógica.

Hay que apuntar también que a principios del siglo xx las concepciones neovitalistas fueron objeto de un recrudecimiento de legitimidad gracias al éxito (considerable) obtenido por la filosofía de Henri Bergson. Al distinguir la materia del impulso vital, el pensador confía a cada especie el poder de inventar para vencer las determinaciones que le atañen, lo que hace que la evolución no sea lineal, y esto conduciría, en suma, a un aumento de la diversidad. El hombre, en particular, al participar en el impulso vital, consigue su libertad a través de la acción, es decir, mediante la creación, al interactuar con las condiciones naturales o sociales en las que se encuentra. Bergson llama la atención sobre finalidades que son propias de las personas, porque la evolución es creadora y espontánea. Debido al protagonismo que concedía a la vida, a lo orgánico en relación con la materia, insistía en el cambio, en la inestabilidad de las cosas y en los reajustes permanentes. Se entiende, pues, que, a pesar de las críticas bergsonianas hacia una ciencia incapaz de captar el cambio, los científicos pudieran interesarse por las cuestiones que abordó. Además, Bergson no ocultaba su aprecio por un cierto neolamarckismo que insistía en

el esfuerzo como motor de la evolución³⁰. La fuerza del argumentario bergsoniano, a favor no sólo de una percepción fina del cambio sino también de las fuentes vitales contra las inercias in situ, estaba llamada a seducir a los especialistas de las ciencias humanas preocupados de no cosificar las formas sociales constatadas en el momento de estudio. Es lo que explica bien Lucien Febvre, a propósito de la contribución vidaliana sobre la noción de «género de vida», cuando escribe que la creatividad humana puede ser abordada de la misma manera que los biólogos conceden un lugar a la «espontaneidad», la «facultad de crear algo nuevo», «es decir lo que Bergson llamaba [...] impulso y potencia creadora de la vida»³¹. Con un fin análogo, Jean Brunhes habla del «factor psicológico», retomando «una expresión muy querida por Henri Bergson, “la dirección de la atención”»³². Igualmente, el urbanista que se interesa por la evolución de las ciudades y por escapar de las explicaciones deterministas puede experimentar la tentación de ir más allá del posibilismo vidaliano aceptando la causa bergsoniana³³.

Al poner en juego la complejidad, el cambio, la emergencia, la contingencia y la creatividad, la noción vidaliana de «medio» constituía un desafío considerable que sus partidarios no siempre han podido controlar. Tuvieron que volverse hacia las estrategias discursivas a fin de dar cuenta de estas sensibilidades e inquietudes nuevas, de manera paralela a lo que la pintura o la literatura se esforzaban por capturar³⁴. Dar cuenta del medio consiste en construir un argumento que utilice los recursos propios del discurso, en el que la parte de opción que incumbe al científico es considerable. Y para esta tarea se recurrió muy particularmente al relato.

III. IMPRESCINDIBLE RELATO

Recurrir al relato demostró ser algo imprescindible, aun cuando parece que se hizo la mayoría de las veces de modo espontáneo, incluso inconsciente, y, sin duda, con poca explicitación metodológica. Frente a la complejidad del medio, el científico —en este caso el geógrafo

³⁰ H. Bergson: *L'évolution créatrice*. París: PUF, 1940, pp. 63-98.

³¹ L. Febvre: *La Terre et l'évolution humaine*. París: La Renaissance du Livre, 1922, p. 445.

³² J. Brunhes: *La géographie humaine*. París: Alcan, 2.^a ed. 1912, p. 731.

³³ M. Poëte: «Les idées bergsonianes et l'urbanisme». *Mélanges Paul Negulesco*, Bucarest: Imprimerie Nationale, 1935, pp. 575-585.

³⁴ V. Berdoulay: «Le milieu entre description et récit», en V. Berdoulay y O. Soubeyran (dirs.): *Milieu, colonisation et développement durable*. París: L'Harmattan, 2000.

²⁹ C. Vallaux: *Les sciences géographiques*. París: Alcan, 1925.

vidaliano— reúne elementos heterogéneos (procedentes de lógicas separadas por otras ciencias) —algunos climáticos, otros industriales, otros institucionales, etc.—, y debe garantizar su coherencia como lo plantea la propia noción. Y es «la puesta en relato», la puesta en narración de estos elementos, la que permite asegurar la coherencia buscada: el relato es a la vez modo de expresión y modo de conocimiento³⁵.

Es, pues, fundamental, para evaluar la capacidad que tienen los autores para captar el medio, y a través de ello preservar un punto de vista de ecología urbana, que examinemos cuáles son los principales tipos de recurso al relato que han sido utilizados. Para hacerlo, nos apoyaremos en las grandes categorías más ampliamente compartidas por los diversos métodos de análisis del relato³⁶. Basándonos en las prácticas analíticas más extendidas, se constata que se pueden llevar a cabo dos tipos de análisis. El primero da preferencia a la forma textual, la secuencia de la presentación de los elementos o episodios, mientras que el segundo insiste más en la lógica interna de lo que se relata. Hemos optado por atender a estas dos maneras de abordar el relato, ya que, aun cuando la segunda, más próxima al esquema explicativo propio del autor, retendrá más nuestra atención, la fuerza del orden de la presentación de los hechos puede eventualmente tener un alcance que no se puede despreciar a priori. Por comodidad, llamaremos «estructura secuencial» a este tipo de planteamiento del relato, y «estructura accional»³⁷ a la que insiste sobre la lógica interna del mismo.

La estructura secuencial —o cómo se despliega la narración a lo largo del texto— es fácilmente advertible en función de dos grandes tipos de estructuración (a su vez utilizables en grados diversos por los autores). El primero es el tipo del relato orgánico, es decir, un relato que obedece a una trama lineal que corresponde a la sucesión cronológica de los acontecimientos, mostrando cómo se desencadena una crisis, cómo se intensifica y después se resuelve. Por el contrario, el segundo tipo de estructuración corresponde a un relato en compartimentos (*à*

tiroirs)³⁸, es decir, una exposición compuesta de episodios disjuntos unos de otros, que se yuxtaponen sólo por encadenamientos absolutamente necesarios. En cuanto a la puesta en evidencia de la estructura «accional», trata de dar cuenta de los esquemas de causalidad movilizados por el autor para construir la intriga del relato. Ya sean humanos o no, factuales o estructurales, ideales o materiales, los actuantes son los resortes del relato. No se trata nada más que de categorías de análisis narrativo, ya que todo actor particular puede ocupar varios papeles simultánea o sucesivamente. Las grandes categorías accionales de base, que obtienen el consenso de los especialistas, son: el héroe (o protagonista), el objeto de valor (lo que se busca), los colaboradores y los oponentes (que facilitan o frenan la acción del héroe), el destinador (que designa el objeto de valor) y el destinatario (o beneficiario de la acción). Aun cuando no se les puede hacer intervenir en todos los análisis, estos actuantes, por su interacción, tejen una primera y fundamental organización del significado que se puede conferir al texto estudiado.

De hecho, es en la comparación de los pesos respectivos de los dos tipos de estructuras en un texto donde mejor se puede percibir la forma de argumentar de un autor. Ahora bien, la cuestión de la estructura del relato —y, por tanto, las dificultades epistemológicas de la ecología urbana— se replantea desde el momento en que se trata de abarcar un mismo movimiento, medio y acción. ¿Es que discurso científico y discurso profesional no obedecen a lógicas al menos parcialmente distintas? ¿Acaso no existe un relato prospectivo que, sin cortar los puentes con el relato científico, se caracterice por la posibilidad de adquirir una cierta autonomía respecto de la ciencia fundamental y por la de poder integrar las cuestiones de valor?

El deslizamiento del relato científico hacia el relato prospectivo confiere plausibilidad a la anticipación y a la acción preconizada. Pero, ¿cómo se pasa de uno a otro? Para empezar a contestar a esta pregunta fundamental para comprender los vínculos entre teorías del medio y teorías de la acción, vamos a examinar textos de geografía urbana que ilustran el intento de basar las propuestas urbanísticas sobre una ciencia urbana. Deben mostrar cómo —y hasta qué punto— el relato prospectivo se acerca al relato científico. Dedicaremos las páginas siguientes a las orientaciones dadas por los geógrafos vidalianos que

³⁵ V. Berdoulay: «Le retour du refoulé. Les avatars modernes du récit géographique», en J. Lévy y M. Lussault (dirs.): *Logiques de l'espace et esprit des lieux*. París: L'Harmattan, 2000, pp. 111-126.

³⁶ Véase J.-M. Adam: *Le texte narratif*. París: Nathan, 1985; L. Baladier: *Le récit. Panorama et repères*. París: ESTH, 1991; J. Brès: *La narrativité*. París: Duculot, 1994.

³⁷ Los autores utilizan *actantielle*, que tiene que ver con acción, acto, actor y actuar. He decidido servirme de un neologismo parecido. En el prefacio del libro dice Marcel Roncayolo entre paréntesis (p. 7) que no le gusta nada esta palabra, pero que es una tara de nuestra ciencia actual el querer innovar a través del vocabulario. [N. de la T.]

³⁸ El constituir una exposición *à tiroirs*, es decir, en compartimentos estancos, sin relación entre sí, es la crítica que más se ha hecho, en el momento de su decadencia, a la práctica de la geografía regional: capítulos estancos, poco relacionados entre sí, que impedirían construir la personalidad regional que se quería transmitir. [N. de la T.]

participan en *La Vie Urbaine*³⁹. Hemos retenido aquí, por su carácter ejemplar, los textos de Raoul Blanchard, Camille Vallaux y Jacques Levainville. Para completar esta primera perspectiva sobre estas propuestas surgidas de los geógrafos vidalianos, haremos un análisis del texto de Marcel Lhéritier que trata explícitamente de desmarcarse de la aproximación geográfica, cuando no de oponerse a ella.

IV. RETENCIÓN FRENTE A LA PROSPECTIVA O LOS LÍMITES DEL MÉTODO BLANCHARD

Gracias a sus trabajos pioneros sobre Grenoble, más tarde sobre Annecy, en el que perfecciona su método⁴⁰, Raoul Blanchard se convirtió en una autoridad en el estudio científico de las ciudades. La reputación de este universitario fue tal que sus trabajos fueron a menudo citados y señalados como ejemplos y modelos de la ciencia de la ciudad. Este éxito tiene que ver con la facilidad con la que se leen los textos. Su estructura secuencial se despliega como la de un relato orgánico⁴¹. Se orienta sobre ello en la primera parte, en la que se precisan los elementos del problema en términos de situación y emplazamiento. Se hace en ella una descripción muy extensa, discutiendo las ventajas e inconvenientes respectivos. La unidad de composición la asegura la trama cronológica en la que se inscriben los acontecimientos históricos de los que se habla en el relato. La tercera y última parte ya no recurre a la temporalidad: es la descripción de la ciudad actual, de

sus funciones y de su aspecto. La estructura accional del relato, por su parte, es mucho menos explícita, salvo que la ciudad resulta ser el héroe o protagonista colectivo, asumiendo papeles diversos (económicos, políticos, etc.) y asegurando, así, su propio desarrollo en función de las posibilidades del medio y de las contingencias históricas.

El artículo que Blanchard publica en *La Vie Urbaine* en 1922 aparece, pues, como un enunciado, si no paradigmático, sí programático. El título «Un método de geografía urbana» remite sin duda al análisis, y no a la acción, pero no hay que perder de vista que el término *urbanismo* no establecía, en aquellos momentos, lo que correspondía a la investigación fundamental y lo que pertenecía a la acción. El urbanismo es «la ciencia de la ciudad», y naturalmente la palabra de Blanchard encuentra cabida en ella. Pero para nosotros sigue planteándose la duda de saber si este autor, en un contexto en el que cobra prioridad la preocupación por la acción, modifica su método presentado hasta ahora en un contexto de simple estudio científico. Y, caso de hacerlo, ¿en qué medida lo hace y en qué campos?

A primera vista, parece que no ocurriera. Volvemos a encontrar en el artículo los grandes ingredientes del relato orgánico que Blanchard había desplegado tan brillantemente a propósito de Grenoble y de Annecy. La estructura secuencial, es decir, el orden según el cual la narración se desarrolla, corresponde globalmente a la evolución histórica de la ciudad. La viveza y la calidad de la narración hacen que la estructura accional parezca esfumarse ante ella. El plan general del artículo sigue siendo el mismo que el de las monografías. Era de esperar que lo fuera, ya que Blanchard es conocido por la constancia de sus enunciados y por la estabilidad aparente de su método de investigación.

Pero, si se miran las cosas más de cerca, el hecho de dirigirse a lectores interesados por la acción y el mismo hecho de que Blanchard trate en este artículo de generalizar su método introducen inflexiones, quizá involuntarias, en relación con la narración preconizada. La preocupación por la acción es para Blanchard un punto de tensión importante, a la vez personal y científica. El autor, aunque se preocupaba por publicar siempre artículos con una factura de ciencia fundamental (no aplicada), era un hombre muy comprometido con la vida económica y política de su época. Su apuesta por una región alpina, al igual que por el desarrollo de la sociedad de Quebec, lo prueba claramente. Al tomar conciencia de ello, se ve que, detrás de una factura aparentemente inmutable de su método, se perfila, como una filigrana, una voluntad de desembocar en la acción. En todo caso, lo mismo que

³⁹ *La Vie Urbaine* fue, según los autores de este texto —que se refieren a ella en otras partes del libro del que está extraído el capítulo traducido—, la gran revista intelectual de la nueva ciencia del urbanismo del primer tercio del siglo XX, incluso cuando apareció *Urbanisme* en 1932, de orientación más profesional. En 1919 el antiguo *chartiste* y catedrático de historia de París de la Escuela Práctica de Altos Estudios Marcel Poëte, junto con el consejero general socialista del Sena, crea la Escuela de Altos Estudios Urbanos (EHEU), que se transforma en 1924 en Instituto de Urbanismo de la Universidad de París (IUUP). Desde el primer momento y con continuidad, la EHEU publicó *La Vie Urbaine* bajo la dirección de Poëte, siendo por ello la revista uno de los mejores documentos para seguir los debates que tuvieron lugar en la elaboración y consagración del urbanismo francés. Los geógrafos vidalianos estuvieron muy en contacto, y por poner un ejemplo más cercano a nosotros, cuando Manuel de Terán estuvo, pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios, en el Instituto de Geografía, consultó la revista y conoció a Poëte. [N. de la T.]

⁴⁰ R. Blanchard: *Grenoble, étude de géographie urbaine*. París: Armand Colin, 1912, y «Annecy. Esquisse de géographie urbaine». *Revue de Géographie Alpine*, 4, 1916, pp. 369-463.

⁴¹ Para más detalles, véase V. Berdoulay: «Dire la ville comme un tout: la stratégie narrative de Raoul Blanchard à propos de Grenoble», en V. Berdoulay y P. Claval (dirs.): *Aux débuts de l'urbanisme français. Regards croisés de scientifiques et de professionnels de l'aménagement (fin XIX^e-début XX^e siècle)*. París: L'Harmattan, 2001, pp. 83-93.

ocurría cuando se analizó su estudio sobre Quebec, esta voluntad parece llevarle lo más lejos posible como científico para sugerir modos de acción, pero en modo alguno basta para hacerle abandonar la pertenencia a una ciencia fundamental que es la suya⁴². Incluso si se detiene en el umbral de la ciencia aplicada, ¿en qué medida su preocupación por la acción modifica la presentación de su método respecto de la ciudad? Además, parece claro que en este artículo la necesidad de generalizar introduce modificaciones al planteamiento del relato, incluso cuando no lo quiere el autor.

El artículo que nos ocupa es, en efecto, excepcional en la lista de las publicaciones de Raoul Blanchard, en el sentido de que él casi siempre rehusó exponer su método de forma distinta que por el ejemplo. Su visión es particularizante, rehúsa generalizar de manera sistemática, tanto respecto de la teoría como del método. Y sin embargo, los casos particulares de Grenoble y de Annecy permitan a Blanchard tratar a la ciudad en cuestión como al protagonista de su narración: no se trata de la ciudad ni del hombre en general, sino de una ciudad determinada. En el trabajo que comentamos, Blanchard no puede refugiarse en un caso particular, y se advierten ciertos cambios.

Se nota, primero, que la estructura secuencial, constitutiva del relato orgánico, tan bien articulado respecto de Grenoble y Annecy, pierde fuerza. Sin duda, el artículo se refiere en primer lugar —y ampliamente— a los «factores geográficos» que explican la emergencia de las ciudades; condicionan, además, su evolución, y Blanchard los proyecta hasta el presente, cortocircuitando con ello la organización cronológica de las secuencias narrativas. Pasa revista después rápidamente a aquello sobre lo que se extendía en sus obras anteriores —«la evolución urbana»—, que es el estudio «de las reacciones que el organismo urbano [...] presenta bajo la influencia de reactivos muy diversos, los acontecimientos históricos»⁴³. El cuerpo del relato orgánico es, pues, minimizado, lo que no le impide al autor pronunciarse en favor del «orden cronológico» de exposición de acontecimientos y reacciones, es decir, a favor de la narración orgánica.

Se extiende después algo más sobre «la ciudad actual», es decir, lo que constituía en sus obras temáticas

la resolución y la conclusión del relato. Lo que más difiere de las monografías en esta parte es la presencia de una subparte que lleva el título de «Instrumentos de trabajo». Totalmente ausente en sus trabajos anteriores, figura aquí casi al final del plan narrativo. Estos instrumentos corresponden al enunciado de las fuentes que de hecho son también pertinentes para los periodos anteriores: planos, censos y otras estadísticas (comunicaciones, servicios públicos), archivos y, por fin, la encuesta personal. En sus obras, Blanchard era muy poco explícito al respecto, pero ahora es muy claro: «Nada vale tanto, como ocurre en cualquier estudio regional, como el trabajo de campo personal, la visita minuciosa y repetida, preguntar a los que saben: viejos, funcionarios con experiencia, notarios, administradores. Para comprender una ciudad hay que haberla escrutado en detalle, y a fuerza de conocerla, amarla como persona viva que es»⁴⁴. Nótese de pasada la referencia organicista, clarificándose así que cada ciudad es sin duda el héroe o el protagonista del relato.

Blanchard revisa a continuación todo lo que debe ser estudiado en la ciudad actual: son sus «papeles», es decir, sus «funciones» comerciales, industriales, agrícolas, administrativas, militares, intelectuales o religiosas: al hacerlo, el autor establece uno de los elementos metodológicos más duraderos en el discurso geográfico francés sobre la ciudad. Para terminar, hay que considerar aquello que se deriva de lo anterior: su «aspecto» (es decir, sus formas); el estudio deberá dar cuenta de la morfología pero también del movimiento de la gente, para que se sienta bien la vida de la ciudad y de sus habitantes. Con ello, Blanchard trata de corregir sus primeros ensayos y, más en concreto, la primera edición de su obra sobre Grenoble, en donde la ciudad aparecía como sujeto descarnado, en la que no se sentía a la población.

Los tipos de «roles» sobre los que Blanchard insiste en su artículo existen también en sus obras, pero ha cambiado la estructura del relato. En el artículo, sirven para hablar de la ciudad actual, mientras que en las monografías intervienen a lo largo todo del relato y sirven para caracterizar cada fase de la evolución histórica. Su lugar en la estructura accional cambia: planteados como colaboradores u oponentes de las peripecias de la acción en las obras puramente científicas, se convierten en el artículo en objetos de valor para el relato y la acción, es decir, constituyen otros tantos objetivos que el ordenador urbano puede perseguir.

⁴² V. Berdoulay y G. Sénégal: «Raoul Blanchard au Québec: continuité ou rupture?», en P. Claval y A.-L. Sanguin (dirs.): *La géographie française à l'époque classique (1918-1968)*. París: L'Harmattan, 1966, pp. 133-146; V. Berdoulay: «Raoul Blanchard observateur de la modernité québécoise», en J.-P. Augustin y V. Berdoulay (dirs.): *Modernité et tradition au Canada*. París: L'Harmattan, 1997, pp. 37-50.

⁴³ R. Blanchard: «Une méthode de géographie urbaine». *La Vie Urbaine*, 16, 1922.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 316-317.

En el fondo, lo que se observa en este artículo de Blanchard es la presión que la preocupación prospectiva ejerce sobre el relato científico al que el autor sigue tratando de adherirse. Sin saberlo, el autor parece pasar de la prioridad que daba en su relato a la estructura secuencial de tipo orgánico a recurrir a una situación más explícitamente accional. Sin duda, la hechura general del relato recomendado sigue siendo de tipo orgánico, y la ciudad continúa siendo protagonista. Pero se advierte que otros actuantes están cambiando. Incluso aunque el autor no llegue a formular un relato prospectivo, se constata de nuevo que conduce al límite las posibilidades del relato científico. El resultado no es necesariamente feliz: si bien consigue conservar la factura orgánica de su relato, no puede, a falta de haber dado el salto prospectivo de forma explícita, preservar su coherencia accional. Ciertamente, ello presenta la ventaja de dejar al urbanista libre para escoger sus propias prioridades, pero ¿qué le aporta entonces el relato de la ciudad que hace Blanchard si no puede servirle para aclarar su opción? Parece que hay alguna piedra con la que tropezar al usar el método de geografía urbana de este geógrafo como base para la prospectiva. Pero, a pesar de ser el más célebre, Blanchard no es el único vidaliano que afronta este tipo de cuestiones.

V. LA PROSPECTIVA GEOGRÁFICA SEGÚN VALLAUX

Camille Vallaux no vaciló en prolongar el procedimiento blanchardiano y en dar el salto a la prospectiva. Se mostraba, además, muy interesado en los aspectos epistemológicos de las ciencias. Vallaux es conocido por ser menos clásico que los otros discípulos de Vidal de La Blache. Lo muestra su artículo de 1919 sobre «Péronne» (el primero de una serie en *La Vie Urbaine* que dedica a «Las ciudades devastadas por la guerra»). Se distinguen los dos tipos de relato: el científico, agrupado esencialmente en la primera parte, sirve de base a otro prospectivo expuesto en la parte siguiente. Se advierte el cambio de actuante: el sujeto (el protagonista) es la ciudad de Péronne en el relato científico — como ocurre con Blanchard —, mientras que es el autor — Vallaux en papel de ordenador urbano — el que aparece en el seno del relato prospectivo.

Vallaux introduce el artículo recordando la desgraciada fortuna que tuvo Péronne durante la guerra, ya que se encontraba en una zona en la que se habían multiplicado las operaciones militares, aun cuando el río Somme ya había dejado de ser barrera, al igual que otros. Plan-

tea el problema del futuro, con tanta más legitimidad cuanto que Péronne lleva ya tiempo «muerta como ciudad militar»⁴⁵: «Tratamos de saber si se puede reconstruir la ciudad arrasada. Pregunta cruel que se planteará y se resolverá de forma negativa, para más de una localidad destruida»⁴⁶. El autor es, por tanto, consciente de la necesidad de la prospectiva y de las oportunidades que puede ofrecer. Comenta a propósito de Péronne: «Quizá convendría aprovechar el desastre que le ha ocurrido para mejorar su posición y sus condiciones generales como centro urbano, incluso si hubiera que desplazarlo ligeramente [...]». En cuanto al método, es claro: «El pasado lejano y el pasado reciente nos servirán para orientar nuestras previsiones de futuro». Para proceder, Vallaux construye su análisis del pasado de la ciudad a partir del modelo de un relato científico estructurado de manera análoga a lo hecho por Blanchard en sus célebres monografías.

La estructura secuencial se despliega principalmente bajo la forma de un relato orgánico, a su vez descompuesto en tres subrelatos, en los que el orden cronológico de los acontecimientos es a veces utilizado para presentar el argumento. Se advierte que la preocupación ecológica se manifiesta a lo largo de todo el texto, a través de muchos detalles y observaciones. En un primer momento, aprovechando su emplazamiento, Péronne comenzó como pueblo de pescadores (y accesoriamente de cazadores), que transformaron el medio y perpetuaron hasta el presente las viejas costumbres. Se afirma más tarde, sobre todo gracias a las marismas, la función militar, que, sin embargo, impone a la ciudad muy fuertes constricciones morfológicas. Por último, después de perder su función de plaza fuerte (desde la guerra de 1870-1871), hace gala de cierta vitalidad como «ciudad de mercado» e «importante punto de bifurcación de cursos de agua»⁴⁷.

En los tres subrelatos, Vallaux articula muy sólidamente su argumento, insistiendo en los factores positivos («colaboradores») representados por los recursos ecológicos locales y regionales, y el valor durante un tiempo defensivo del emplazamiento. Los elementos negativos (los «opponentes») proceden sobre todo de las contingencias políticas, del progreso de la artillería y de las limitaciones morfológicas de la función defensiva (densificación de la ciudad en un espacio demasiado húmedo). En general, se encuentra en el texto el mismo esquema ac-

⁴⁵ C. Vallaux: «Les cités dévastées para la guerre. I, Péronne». *La Vie Urbaine*, 1-2, 1919, p. 78.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 79.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 89.

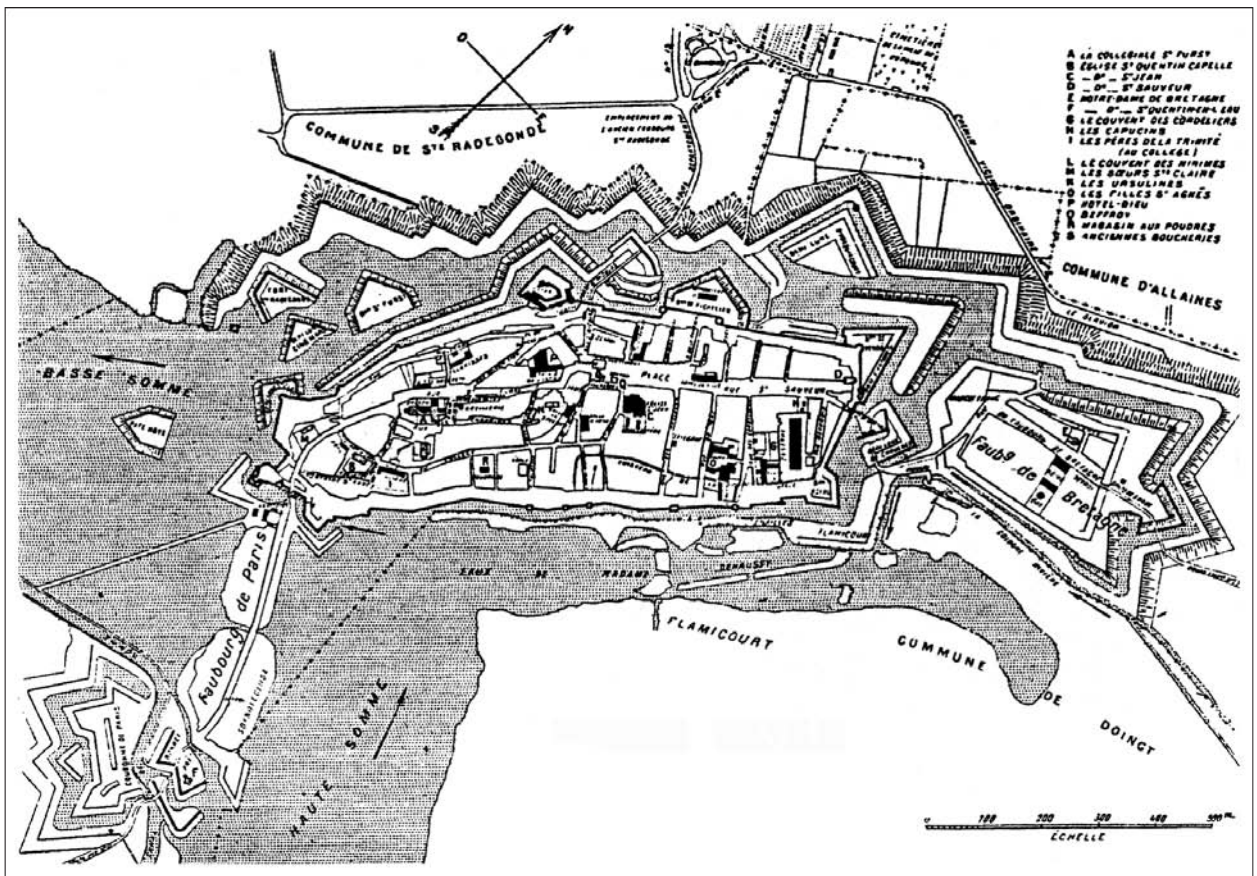


Fig. 2. Plano de Péronne (Fuente: C. Vallaux: «Les cités dévastées para la guerre. I, Péronne». *La Vie Urbaine*, 1-2, 1919).

cional que en los trabajos de Blanchard, con semejantes debilidades. Aun cuando el sujeto sigue siendo la ciudad, el hecho de que sea presentada a veces desde el punto de vista de sus actores la hace un poco más «humana», y la preocupación ecológica parece más constante. Pero las diferencias son tan mínimas que no podemos conferirles peso. Baste subrayar la importancia concedida por Vallaux a las tres grandes funciones que estructuran su relato (pesca, defensa y mercado), lo que recuerda análoga insistencia sobre las funciones de Blanchard, como vimos a propósito de su artículo. ¿No podría detectarse en ello el síntoma de la presión ejercida sobre el pensamiento por el afán prospectivo, cosa que ocurre ya desde la construcción del relato científico? ¿Cómo se despliega entonces el relato subsiguiente?

De hecho, y Vallaux tiene interés en desmarcarse a este respecto de Blanchard, la estructura secuencial, de forma orgánica, se diluye y es sustituida por la primacía de la estructura accional. Sobre todo, el propio relato prospectivo se descompone en dos tiempos, con una es-

tructura accional en ruptura con la del relato científico. Así, un primer relato prospectivo presenta las grandes orientaciones de la planificación retenidas por el autor a la luz de los análisis previos. Es, pues, un momento crucial del planteamiento prospectivo. Pues bien, queda claro que los actuantes cambian, aunque los referentes sigan siendo los mismos. El autor ya no se oculta para dejar paso a la historia: abandona su posición de científico observador para ponerse en la historia, de la que se convierte en el héroe. En cuanto a la ciudad, de protagonista se convierte en destinataria. El núcleo del relato está constituido por el objeto del valor, es decir, la investigación y el enunciado de los objetivos de planificación, retomándose colaboradores y oponentes del relato científico.

Este primer relato retrospectivo, o relato de orientación, pretende ser continuación del relato científico, que debe permitir identificar los grandes objetivos y parámetros de la acción. De este modo, según Vallaux, la desaparición del carácter defensivo de Péronne y su

relativa vitalidad como ciudad de mercado rural y punto de bifurcación de canales antes de la guerra son los que deben orientar las decisiones: «Todo ello está enterrado en el presente bajo las ruinas; pero todo debe renacer y revivir; es ahí donde encuentra Péronne el vínculo del pasado con el presente, a pesar de la terrible interrupción de la invasión, de la destrucción y de la ruina»⁴⁸. Vallaux concreta su punto de vista del siguiente modo: «Hay que penetrarse de estas condiciones generales y de estas promesas de futuro para determinar las líneas esenciales de la reconstrucción de Péronne»⁴⁹. Si no, se corre el riesgo de «graves decepciones», «ya que las corrientes económicas y sociales que dan lugar a los centros urbanos no se orientan dócilmente según queramos»⁵⁰.

A la luz del relato científico, Vallaux asume sus decisiones. «En primer lugar, debemos apartar de modo absoluto toda idea de servidumbre militar que prolongaría para la ciudad esa vida encorsetada y dependiente de la vieja plaza fuerte. [...] La ciudad tendrá así libertad para orientarse según las tendencias de su desarrollo como pequeño mercado regional y como encrucijada de vías terrestres y de vía fluvial»⁵¹. El relato científico ha permitido identificar las tendencias fuertes a nivel de funciones, y corresponde a este primer relato prospectivo darles preferencia como base de la ordenación. Como se puede advertir, no se trata de una simple prolongación del estudio científico, sin cambios de los actuantes, sino más bien de una «transformación» del esquema accional.

Ahora bien, tiene lugar una «segunda transformación» cuando se pasa al relato prospectivo siguiente, que persigue la aplicación del anterior. En él, el autor asume el papel fundamentalmente de destinatario, ya que indica las medidas que hay que tomar, especifica los aspectos concretos y técnicos de la ordenación. Ocurre que las tendencias fuertes identificadas y retenidas en el relato prospectivo de orientación no se despliegan necesariamente por sí mismas. El responsable de la ordenación debe facilitar su desarrollo, incluso completar el objeto de valor. En el caso de Péronne, Vallaux trata de desarrollar la función de mercado al mismo tiempo que quiere promover una ciudad sana, garante de ciertas tradiciones que considera benéficas para los habitantes y para Francia en general. Los elementos llamados a contribuir (los «colaboradores») pueden ser nuevos, pero no deben contradecir las tendencias fuertes. De esta forma, propone Vallaux

«desplazar ligeramente la ciudad reconstruida según las direcciones por las que mostraba desde hace tiempo una evidente tendencia a emigrar por sí misma»⁵², ya que tendría la ventaja de una «atmósfera más sana» y de un «terreno seco y sólido»⁵³. Para la parte más antigua, Vallaux propone restaurar «restos notables» del pasado y emplear los terrenos abandonados en crear los equipamientos de transporte necesarios al desarrollo económico (estación fluvial y vías férreas de ruptura de carga). Precisa que los nuevos barrios se construirían «según el método de las ciudades-jardín»⁵⁴.

En suma, este artículo de un geógrafo muy reputado, aparecido en los primeros números de *La Vie Urbaine* y portador de una preocupación ecológica, muestra la voluntad de basar la acción científicamente, desplegando y encadenando relatos cuya estructura accional cambia: relato científico, relato prospectivo de orientación, relato prospectivo de aplicación. Cambia sobre todo el héroe, el protagonista que retiene la atención en el momento del paso del relato científico al prospectivo: el ordenador pasa a ocupar un lugar fundamental, ya que es él el que reorganiza la estructura accional. Su papel no es necesariamente prolongar lo que ya existe: consiste más bien en utilizar la aportación del análisis científico del medio para reorientar la evolución en otra dirección. Poder casi demiúrgico, capaz de agradar a los urbanistas ambiciosos, como es fácilmente comprensible. Pero no se trata de la única organización del trabajo y existen otros modelos.

VI. EL PLANTEAMIENTO PROSPECTIVO DE LEVAINVILLE

Jacques Levainville es otro autor conocido en aquella época por haber trabajado la geografía urbana y por haber publicado una obra importante sobre Rouen en 1913, en la que se daba preferencia al punto de vista ecológico⁵⁵. Colaboró en el tercer número de *La Vie Urbaine* con un artículo llamado «Rouen durante la guerra» (1919). Pretendemos ahora analizar si la preocupación por la prospectiva altera su forma de abordar el estudio de la ciudad y, de ser así, cómo lo hace. Al contrario que Blanchard, Levainville había optado en su libro sobre Rouen por un orden que impedía cualquier narración orgánica en be-

⁴⁸ C. Vallaux: «Les cités dévastées...», *op. cit.*, pp. 89-90.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 90.

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ *Ibid.*, pp. 92-93.

⁵² *Ibid.*, p. 93.

⁵³ *Ibid.*, p. 94.

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ J. Levainville: *Rouen. Étude d'une agglomération urbaine*. París: Armand Colin, 1913.

neficio de otra sectorial, por temas. Su obra comprende doce capítulos que son otros tantos relatos que incluyen a su vez un conjunto de minirrelatos. No hay ni introducción ni conclusión generales en el texto. Tampoco organización cronológica del conjunto del libro. Cada capítulo —sin que ninguno sea enteramente necesario para seguir el texto— muestra cómo el hombre se ha adaptado a su entorno, pero también cómo ha adaptado este entorno a sus necesidades. Los elementos que componen el medio ambiente son sucesivamente retenidos: en concreto el río, las zonas pantanosas, la vegetación, los suelos, etc., pero también el entorno construido (con fuertes resonancias higienistas) y el entorno económico y comercial.

Esta estructura secuencial permite, pues, a Levainville atraer la atención a lo largo de la obra sobre diversas dimensiones de la ecología urbana. Al hacerlo, la estructura accional se confirma con una fuerza y una coherencia mayores de las que se advertían en el relato blanchardiano, ya que la narración aparece en este caso como la de la lucha del hombre contra la naturaleza en sus diversas manifestaciones. El héroe del relato ya no es la ciudad, como ocurría en el estudio de Blanchard sobre Ginebra, sino el hombre en general. Pero nos interesa saber si, del mismo modo que las páginas precedentes han mostrado que la exigencia de prospectiva tenía tendencia a ejercerse principalmente con esquema accional, la aproximación de Levainville en *La Vie Urbaine* se modifica o adquiere un nuevo alcance.

El artículo sobre Rouen nos presenta también un relato compartimentado, pero de modo menos marcado que en el libro. A diferencia de éste, hay en él introducción y conclusión. Pero el conjunto está estructurado según una presentación sucesiva, primero del comercio, después de la industria, y finalmente de la población. Como se ve, la diversidad de los temas tratados es más limitada que en el libro, pero ello se debe al objetivo que se quiere cumplir y que se asume en la introducción. Dando por hechos los resultados de su libro publicado justo antes de la guerra, y constatando que ésta ha dado lugar a nuevas circunstancias económicas que han permitido el crecimiento del comercio, de la industria y de la población, Levainville se pregunta «¿en qué medida se los puede considerar factores estables? ¿Y qué influencia pueden tener sobre el desarrollo futuro de la ciudad y de la aglomeración?»⁵⁶. El método de Levainville es, pues, plenamente prospectivo.

Concedor por el trabajo anterior de las fortalezas de Rouen, pero también de sus debilidades, trata de prever

en qué medida estas tendencias fuertes pueden confirmar el auge debido a la guerra. Al leerlo, se siente que sus interpretaciones son matizadas, pero que está al acecho de todo lo que suponga reforzar las posibilidades de Rouen. Su visión prospectiva, muy sutil, se quiere basar en las realidades económicas, sociales y psicológicas de Rouen, ya que no cree en una aproximación voluntarista impuesta desde el exterior. Debido a ese plan temático, la reflexión y las interpretaciones prospectivas están principalmente repartidas al final de cada una de las tres partes (sobre el comercio, la industria y la población). De modo que el relato científico y el relato prospectivo alternan a lo largo del texto. Tan sólo la introducción y la conclusión plantean el problema de manera más general. Hay, pues, que volverse necesariamente hacia la comprensión de la estructura accional de cada una de las partes para examinar cómo se articulan entre sí.

Para comprender cómo es utilizado el relato científico por el relato prospectivo, es necesario ver, como en el caso anterior, si la voluntad de llegar al segundo no ha alterado la concepción del primero. De modo global, la estructura accional del relato científico de 1913 se encuentra en el de 1919. Por la misma limitación de los temas tratados en el segundo, parece como si estuvieran mejor centrados, más afirmados, poniendo el acento sobre los aspectos económicos y técnicos. La diferencia principal procede de una ligera modificación del protagonista. En 1913, se trata del hombre en general, aun cuando se está hablando de Rouen, de manera que el relato de Levainville adquiriría resonancias de epopeya y un alcance o un significado universales. En 1919, la cuestión se limita a los habitantes de Rouen: es más específico, hasta el punto de que parece que esta pérdida de universalidad provenga de una preocupación omnipresente por la prospectiva.

De modo correlativo, el desdibujamiento de la lucha del hombre contra la naturaleza hace que también se difumine el desafío ecológico tan presente en la obra de 1913. Las dificultades que sigue reteniendo en el texto más tardío proceden más de los déficits del equipamiento de transporte que de la naturaleza. ¿Puede esto entenderse como otro resultado de esa presión ejercida por el afán prospectivo sobre el relato científico?

Pero es, sobre todo, la estructura accional del relato prospectivo en ese artículo la que presenta más modificaciones. El objeto de valor es muy claro: se busca un desarrollo económico sostenido, capaz de conservar el impulso ejercido por la guerra. La discusión de los elementos positivos (colaboradores) y de los negativos (oponentes) retoma la de los que han sido expuestos en el análisis científico (situación, vías de comunicación, falta

⁵⁶ J. Levainville: «Rouen pendant la guerre». *La Vie Urbaine*, 3, 1919.

de espíritu de empresa, etc.). Esta discusión saca a la luz las capacidades de Levainville para apreciar mediante la simple prolongación de las tendencias observadas un medio complejo y para tener en cuenta virtualidades e incertidumbres que pueden hipotecar las previsiones establecidas. Acaso sea ésta la razón por la que las recomendaciones no adoptan una forma concreta, sino que se deslizan como pequeños apuntes que van apareciendo a lo largo del texto. Quizá lo sea también del hecho de que las categorías accionales del héroe y del «destinador» se mantengan en la ambigüedad. Algunos indicios nos permiten explicar una cuestión sobre la que conviene detenerse un poco.

A diferencia del artículo de Vallaux, éste no distingue dos relatos prospectivos. Lo que en aquél aparecía como aplicación se presenta aquí bajo la forma de algunos hechos aparentemente menores: Levainville va apuntando de pasada algunas observaciones, en concreto sobre los medios de comunicación que hay que mejorar y sobre la necesidad de prever el espacio para el desarrollo industrial y para la construcción de viviendas obreras, y añade recomendaciones de orden más general dirigidas a la política francesa en materia de protección aduanera. Se sitúa sobre todo en el punto de vista del relato prospectivo de orientación, en donde domina la política general. Sin embargo, no aparece claramente como protagonista de la acción, como hacía Vallaux, sino más bien como el «destinador» (función que sólo ocupaba Vallaux en el relato de aplicación). La estructura accional es, pues, netamente diferente: tiene que ver con otra concepción de la prospectiva.

Resulta reveladora esta categoría de protagonista. El hecho de que Levainville opte por colocarse como «destinador» y se niegue a asumir el papel de héroe del relato prospectivo, a pesar de ser él quien enuncia los grandes parámetros, responde a que es consciente de la complejidad de las cosas y de la acción. Tampoco el héroe es colectivo. Si se lee atentamente a Levainville, se constata que remite a actores múltiples, sobre todo políticos y económicos. Así, por ejemplo, para estabilizar la mano de obra que necesita la industria, habría que resolver con rapidez el problema de la vivienda. Pero los ejemplos de las actuaciones llevadas a cabo o en curso proceden todos de la iniciativa privada (industrial e inmobiliaria): en este caso, como en otras partes del texto, no aparece un solo individuo o una sola institución como responsables únicos de la parte de prospectiva y de aplicación. Tienen que ver más bien con un proceso en el que se distinguen, ciertamente, algunos actores, pero en donde predominan la complejidad y el movimiento. De existir un papel que

pueda desempeñar un profesional en este contexto, se trataría principalmente de facilitar los pasos para dar coherencia al conjunto. Este punto de vista de Levainville, muy consciente de las realidades económicas en razón de sus funciones de hombre de negocios, recuerda a lo que expresan algunos discípulos de LePlay y que ilustra bien Hottenger⁵⁷.

El planteamiento prospectivo enunciado por Levainville va aún más lejos que el que diseñaba Vallaux y el que Blanchard dejaba a la iniciativa del profesional del urbanismo. Las tendencias fuertes son también objeto de estudio, pero se confrontan a un examen riguroso y detallado de las virtualidades que pueden eventualmente modificar el juego. Si el esbozo de relato prospectivo que nos ofrece Levainville sitúa en el centro a los actores socioeconómicos, es porque es consciente de que no bastan las enseñanzas del análisis científico para prever el futuro. No se puede, pues, construir un plan cerrado en el que el héroe sería el urbanista omnisciente. Concepción original, por tanto, liberal podría decirse (pero en el sentido político del término), algo al margen de las ideas expresadas en *La Vie Urbaine*, pero próxima a las preocupaciones actuales sobre la gobernanza.

Ahora bien, en el caso de Levainville, como en el de los otros vidalianos, está claro que el medio y, por lo mismo, la aproximación ecológica constituyen la clave de un quehacer que pretenden que sea a la vez científico y prospectivo. Por ello, resulta legítimo pensar que su disciplina tiene un papel preferente que desempeñar en los fundamentos del urbanismo. No todos compartían, claro, este punto de vista. A fin de percibir mejor —por defecto— lo que implica la noción de medio en el trabajo urbanístico, es interesante examinar brevemente cómo Michel Lhéritier, uno de los que se oponen a asociar geografía y urbanismo —en beneficio de la historia— ha tratado de demostrar la inutilidad de la contribución de los geógrafos en el trabajo de prospectiva.

VII. LHÉRITIER O LA VOLUNTAD DE EMANCIPARSE DEL RELATO GEOGRÁFICO

Con motivo de la misión que se le encarga en Grecia, Michel Lhéritier publica un artículo en *La Vie Urbaine* de 1921 sobre «La nueva Atenas, estudio de urbanismo»,

⁵⁷ B. Kalaora: «G. Hottenger et la question urbaine: l'approche leplaysienne de la ville», en V. Berdoulay y P. Claval (dirs.): *Aux débuts de l'urbanisme français...*, op. cit., pp. 107-118.

que tiene el carácter de manifiesto. Utiliza, en efecto, el caso de Atenas para responder a la pregunta «¿Cómo ofrecer una descripción científica de una ciudad?»⁵⁸ y así probar «que existe una ciencia de las ciudades, y que el *Urbanismo* es esa ciencia»⁵⁹. Pero añade: «[...] su constitución no está acabada; hay que establecer su vocabulario; su finalidad y su método deben ser precisados a través de ejemplos concretos; su campo deber ser delimitado y explotado en toda su extensión»⁶⁰.

La estructura secuencial es parte de este estado de desequilibrio que es la no constitución del urbanismo e indica el camino que hay que seguir. Ahora bien, ese camino no es el de una narración orgánica, sino más bien el de un relato temático que yuxtaponga los capítulos que estime necesarios para esta nueva ciencia: el marco de la ciudad, la morfología (primero global, después por barrios), la vida y las funciones urbanas, el ensanche y el plan propuesto. Estos capítulos son sobre todo descripciones, débil y artificialmente convertidos en narración mediante la descripción de itinerarios en la ciudad. En el fondo, la estructura secuencial, una vez más, se borra —y aquí radicalmente— ante la estructura accional. Pero antes de examinarla, hay que detenerse en la posición del autor respecto de la geografía urbana.

Parte, en efecto, de la constatación de que esta disciplina no responde a sus deseos por las siguientes razones: «[...] no estudia las ciudades en sí mismas, y si bien explica su formación y su desarrollo, los integra en el estudio del relieve, en el de la hidrografía o el suelo, en el del poblamiento o la economía en general»⁶¹. Sin embargo, su propuesta se parece curiosamente a lo que la geografía había hecho: quiere, en efecto, «estudiar las ciudades por sí mismas, como un todo autosuficiente, estudiarlas por la vía del análisis, describirlas como el naturalista describe un órgano, con sus propiedades y sus funciones, clasificar metódicamente los elementos de la descripción, encadenarlos en el orden más apropiado, aplicable a todas las monografías»⁶². Aparte de mostrar la voluntad de una sistematización avanzada y del rechazo a estudiar el contexto regional, este enunciado difiere poco de lo que podría haber dicho un geógrafo de aquel momento. El artículo de Blanchard que hemos comentado antes representa ya en cierto modo una contestación a esta crítica de

Lhéritier. De modo que el argumento de éste expresa por lo menos tanta rivalidad institucional entre disciplinas como debate de fondo, cuestión sobre la que tendremos ocasión de volver.

En lo que se refiere a Atenas, se advierte que la preocupación por la ecología urbana es muy limitada, tanto por su efecto estructurante como por la extensión considerada. Sólo está presente cuando se analiza el «marco» de la ciudad (es decir, el «emplazamiento» en la nomenclatura de Blanchard) y en las múltiples constataciones a propósito del ambiente de la calle o de las plazas. En este sentido, es una «ecología» que hace pensar más en la de los sociólogos, como los de Chicago, en donde predominan las condiciones construidas del entorno. Pero el carácter no sistemático, incluso superficial y anecdótico, de estas preocupaciones hace del medio una noción casi accesoria. Por el contrario, el interés por la acción, a pesar de que se aborda sólo al final, está muy presente. ¿Se debe a este interés, y a la necesidad de legitimarse con relación a él, el que este historiador recurra en el artículo muy poco a la historia?

De hecho, el estudio que presenta es esencialmente sincrónico. Ofrece pocos aspectos narrativos propios de la ciudad, aunque el autor no vacila en dar lecciones. La estructura secuencial resulta un poco confusa, tanto más cuanto que Lhéritier articula mal el relato científico y el prospectivo, como se esforzaban por hacer los autores que acabamos de comentar. Parece, en todo caso, que se organiza en torno al relato prospectivo de orientación del que Lhéritier (en la posición del urbanista) es el protagonista. El objeto de valor no ofrece duda: «Atenas debe convertirse ante todo en una ciudad modelo, puesto que es *la capital*, es un centro económico, un centro turístico y un centro de estudios»⁶³. Estas funciones resultan, pues, colaboradoras y destinadoras. El mal drenaje o el mal estado de las infraestructuras son los principales oponentes. En cuanto a los destinatarios, Lhéritier es categórico al afirmar que Atenas «no se debe sólo a sus habitantes: se debe al Estado griego, y en cierto modo también un poco a la Civilización y a la Ciencia»⁶⁴.

En todo caso, semejante relato prospectivo de orientación, que se puede reconstruir partiendo del contenido del final del artículo, se individualiza mal en el seno de la argumentación. Parece diluido entre, por una parte, el relato científico y, por otra, el relato prospectivo de aplicación. En efecto, se van enunciando a lo largo del

⁵⁸ M. Lhéritier: «La nouvelle Athènes, étude de l'urbanisme». *La Vie Urbaine*, 10, 1921, p. 309.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 310.

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ *Ibid.*, p. 310.

⁶² *Ibid.*

⁶³ *Ibid.*, p. 338.

⁶⁴ *Ibid.*

texto medidas concretas que habría que tomar, como, por ejemplo, las respectivas al estilo de la edificación, la reforma de calzadas, aceras y alcantarillas, la mejora de la canalización de las aguas o también la creación de barrios especiales (ciudad jardín obrera, ministerios). Pero estas observaciones están dispersas y sólo al final se propone un plan de ensanche a grandes rasgos: se trata incluso del ya propuesto por el arquitecto urbanista Ernest Hébrard. Por otra parte, los relatos prospectivos están mal articulados con los elementos de análisis que el autor considera científicos. Quizá se deba a que sólo constituyen un relato científico en la medida en que toman del relato prospectivo de orientación su objeto de valor, del que carecerían si no (por ejemplo, en el caso de una figura, dejaría de ser pertinente el relato científico porque quedaría reducido a la catalogación de los elementos que hay que estudiar).

En el fondo, no se puede evitar la sensación de «confusión» y de «descosido» cuando se leen las propuestas de Lhéritier. La coherencia que se le puede conferir al relato no parece provenir de un proyecto prospectivo asumido por el autor y reforzado por el enunciado de un plan. Es éste el que confiere —cabría decir que «retrospectivamente»— coherencia narrativa al conjunto. Lo que habíamos presentado a propósito de Blanchard y percibido aún mejor en los otros artículos, es decir, esa retroacción de la preocupación prospectiva sobre el análisis científico, parece culminar aquí; en cierto modo, se da una inversión, el relato prospectivo suministra la totalidad de sus fundamentos al relato científico. Pero, ¿se sigue tratando, entonces, de un relato verdaderamente científico? Permítasenos dudar, hasta tal punto su esquema accional es difuso y difícil de entender. La fascinación por el plan habría devorado el proceder científico. La ecología urbana se reduciría más bien a una cuestión de arquitectura salpicada con banalidades sociológicas para crear una ilusión científica. El medio ya no tiene

aquí ninguna pertinencia particular para pensar la prospectiva ni para instrumentalizarla.

Se ve que hay en la evolución de la inquietud por la ecología urbana en el seno del pensamiento urbanístico un punto de inflexión importante, en el que fue central la consideración de cuál había sido la aportación de la geografía urbana. En los geógrafos vidalianos, como Blanchard, Vallaux o Levainville, el medio aparecía para explicar la evolución de las ciudades. Pero aunque explique las vicisitudes del pasado, no se trata de prolongar las tendencias fuertes para hacer prospectiva. Al contrario. La misma naturaleza del medio —inestable, complejo y abierto a nuevas estructuraciones— suministra la manera de concebir otra cosa que lo que se constata en un momento dado. La vuelta al pasado sirve para entrever las virtualidades presentes en el medio. De este modo, los geógrafos vidalianos ofrecían a los urbanistas una concepción del medio no determinista, plenamente posibilista, que hacía posible no basar de manera unívoca la prospectiva en el procedimiento científico.

¿Cómo fue percibida y utilizada por los urbanistas que se estaban profesionalizando esta aportación de los vidalianos? Para responderlo, hay que volverse hacia uno de los heraldos de la utilidad de la geografía en el urbanismo: Léon Jaussely⁶⁵.

⁶⁵ El capítulo siguiente, el 5, se dedica, con el título de «La ecología urbana de Jaussely o la mayéutica del medio» (pp. 148-176), al plan de Jaussely para Barcelona presentado al concurso internacional convocado en 1903, al que, como es sabido, el jurado concedió el primer premio de anteproyectos. El proyecto definitivo fue aceptado por el Ayuntamiento en 1907, año en el que Jaussely le presentó también la memoria de ejecución. A diferencia de las otras propuestas, Jaussely aportaba una visión global de todo el conjunto urbano, no sólo con las vías de comunicación, sino también con equipamientos públicos, parques y zonas comerciales, industriales y residenciales. Berdoulay y Soubeyran ven en el plan la voluntad de facilitar el desarrollo de las fuerzas productivas por medio de una racionalización del funcionamiento de la ciudad, y consideran que Léon Jaussely fue el urbanista más sensible a la contribución de los geógrafos vidalianos, por lo que afirman que compartirían una misma idea del medio. [N. de la T.]